

embargo, también acerca de esto te dejo árbitro. Te enviaré una copia desde Lanuvio, y quizá de Roma. Mañana lo sabrás.

CARTA XXVII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Con razón insistía en que mi carta á César se comunicase á sus amigos antes que á él mismo. Obrar de otra manera habría sido faltarles y tal vez comprometerme, en el caso de que la carta hubiese desagradado. Las observaciones han sido francas, sin reticencias, y las agradezco. Pero lo mejor es que me han indicado tantos cambios, que sería necesario rehacer la carta, y esta es una excusa excelente. Tocante á la guerra con los Parthos (1), ¿qué había de considerar yo en último caso, sino que entraba en sus miras? ¿Qué otro objeto tenía mi carta que el de abundar en sus deseos? ¿Acaso me habrían faltado razones si hubiese querido hacer prevalecer mis ideas propias? La carta, en fin, no tiene ya objeto. Cuando por una parte se tienen en perspectiva tan pocas ventajas, y por otra tantos inconvenientes, ¿á qué correr el riesgo? Observa, además, que de mi largo silencio anterior habría deducido naturalmente que no habría escrito de tomar otro giro la guerra (2). También habría podido sospechar que buscaban un paliativo al elogio de Catón (3). ¿Qué quieres? Me era muy penoso: me

(1) Comenzábase entonces á hablar del proyecto de César de llevar la guerra al territorio de los Parthos. Como se ve, parece que Cicerón tocaba algo este asunto en su carta á César.

(2) Es decir, si César hubiese sido desgraciado en la guerra civil que acababa de terminar.

(3) Esto es, dulcificar con hisonjas lo que podía desagradar á César en el elogio de Catón.

desaprueban; nada mejor. Todos hubiesen caído sobre mí, y tu sobrino con ellos (1).

Hablemos de los jardines (2): si te cuesta la más pequeña molestia, te ruego que no te muevas; pero de todos modos, ocupémonos formalmente de Faberio. Dime si conoces el día de la venta. Hago marchar en el acto al mensajero de Cumas, que te dará excelentes noticias de Atica y que, además, me ha dicho que lleva una carta para tí.

CARTA XXVIII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Hoy es el día en que debes visitar los jardines, y mañana sabré lo que opinas. En cuanto á Faberio, espero á que le hayas visto. En vano me apremias para que escriba á César; te juro que no puedo: y no es que me avergüence de hacerlo, aunque me sobraría razón para ello: porque si la vida es ya para mí un oprobio, ¡qué mayor vergüenza que la adulación que me proponen! Sin embargo, ya está dado el primer paso (3), y no es la vergüenza lo que me detiene. ¿Por qué no es así? Más digna sería la excusa. En vano intento escribir; nada se me ocurre. ¿Qué lenguaje usaban con Alejandro los hombres más elocuentes y más sabios? ¿Sobre qué versaban sus discursos? Aquel joven, sediento de verdadera gloria, buscaba con afán todo lo que le hablaba de inmortalidad, y en este sentido le aconseja-

(1) El joven Quinto Cicerón, sobrino de Atico, que también lo era de Cicerón.

(2) Los jardines de Scapula.

(3) Habiendo escrito ya la carta, lo más difícil estaba hecho. Pero, como más adelante dice, no había sido remitida, si bien César la conocía por sus amigos.

ban. Honroso era por tanto aconsejarle. Pero yo ¿que puedo hacer? Puse en tortura mi entendimiento para obtener algo que tuviese forma humana: mas como aquí y allá se encuentran principios algo diferentes de los actos y tendencias actuales, no quisieron aceptarlo, y no lo deploro. Puedes creer que me consolaría con mucha mayor dificultad si la carta hubiese partido. ¡Cómo! ¿ignoras que el discípulo de Aristóteles, aquel entendimiento tan grande, aquel carácter tan modesto, en cuanto le llamaron rey, se convirtió en orgulloso, cruel é inmoderado? Después de esto, ¿cómo has podido tú figurarte que á un hombre cuya imagen se coloca al lado de las de los Dioses en el templo del gran Quirino, podían agradarle los consejos de moderación que yo le doy? En último caso, que piense lo que quiera; héteme desembarazado de ese problema de Arquímedes (1) que te había encargado resolver, y aseguro por mi fe que estoy muy cerca de desear ahora lo que antes temía, ó por mejor decir, me resigno á todo.

Si nada te lo impide, deseo que vengas. Estrechado Nicias por Dolabela, cuya carta he visto, acaba de dejarme, con mucho pesar mío, y sin embargo con mi permiso. Esto es de mi puño.

CARTA XXIX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Aparentando hablar de filosofía con Nicias, hice recaer la conversación en Thalma (2). No tiene Nicias elevada idea

(1) Era efectivamente problema difícil de resolver, tratar bien á César sin incurrir en baja adulación. Cicerón cree haberlo resuelto en su carta, como lo habia hecho ya en su elogio á Catón.

(2) Parece que este Thalma pretendía la mano de Atica.

de su mérito, considerándole como joven honesto y morigerado. Pero he aquí lo que me desagrada: Nicias dice saber que Thalma ha solicitado la mano de Cornificia, hija de Q. Cornificio, que es ciertamente muy vieja y ha estado casada muchas veces. Las mujeres no han consentido, porque se han enterado de que todo el caudal de Thalma consiste en ochocientos mil sextercios. Creo conveniente que sepas este detalle.

Por tu carta y por Crisipo me entero de lo que deseaba saber acerca de los jardines. Conocía la extraña disposición de la quinta, y veo que no han cambiado nada ó casi nada. Crisipo (1) celebra mucho los grandes baños: dice que pueden utilizarse los pequeños como de invierno, pero que será necesario construir un pasaje cubierto que falta ahora: pues bien, aunque lo hiciese tan grande como en Túsculo, la adquisición importaría la mitad menos que la otra. Conozco también el bosque, y nada hay mejor para el templo que quiero edificar. Ese bosque estaba completamente desierto, pero dicen que en la actualidad lo visitan mucho: esto es precisamente lo que más me agrada. Necesario es que me ayudes á satisfacer este deseo. Para mí no hay más que una dificultad: ¿me pagará Faberio? En este caso, no nos cuidemos del precio: de Othón conseguiré lo que intento. En primer lugar, no es obstinado: creo conocerlo bien; y además, si ha sido tan maltratado como se dice, no puede presentarse como comprador. Sin esto, ¿podría reducirse fácilmente? ¿Pero á qué tanto discurrir? Si consigues que pague Faberio, compro á cualquier precio: no siendo así, no puedo comprar ni siquiera barato. En este caso tendremos que volver á Clodia, y encontraré más facilidades. Sus jardines son mucho más baratos, y el crédito de Dolabela (2) es tan seguro, que podré dedicarlo á esto. Basta

(1) Liberto de Cicerón: era arquitecto.

(2) Este crédito de Dolabela era la restitución de la dote de Tullia

ya de jardines. Ven tú mismo, ó manda excusa conveniente; tal vez lo sea el negocio Faberio: pero ven, si puedes.

CARTA XXX.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Te remito la carta de Cicerón. ¡Hombre de hierro! ¿no te han conmovido tantos peligros? También se queja de mí (1). Te hubiese comunicado sus quejas, pero supongo que mi carta sería un duplicado del relato que tienes de sus hazañas. Hoy mando un emisario á Cumas, y le encargo la carta que diste á Farnacio para Vestorio. Damea acababa de partir en el momento en que llegó Eros; pero su carta no me dice más sino que la adjudicación tendrá lugar dentro de dos días. Tu propósito es venir para entonces. ¿Habrás terminado con Faberio? Mucho lo deseo. Eros no cuenta con ello hoy, y dice que es necesario convencerle mañana temprano. Debes cuidar de esto. Estas *κοῦαίαι* no distan mucho de las bajezas. Espero que vendrás pasado mañana. Te ruego procures averiguar los nombres de los diez comisarios enviados á Mummio (2): Polibio no los nombra. Recuerdo Albino el consular, y Sp. Mummio. Cree

(1) El joven Quinto Cicerón había escrito dos cartas, una á su tío Cicerón y otra á Atico, enviando á éste las dos, refiriendo en ellas los peligros que había corrido en la guerra de España contra los hijos de Pompeyo, y quejándose de sus tios porque le habían enviado á aquella guerra.

(2) Enviábanse diez comisarios á los generales para arreglar todas las cosas en las conquistas realizadas. Cicerón quería escribir un tratado de política en forma de diálogo, y tomar por interlocutores los diez comisarios enviados á Mummio, vencedor de la Acaya.

naber oído decir á Hortensio que también se encontraba entre ellos Tuditano; pero veo en los anales de Libón que Tuditano fué posterior en quince años al consulado de Mummio, y esto no concuerda. Deseo escribir un diálogo político á la manera de Dicearco, de quien tan apasionado eres. Colocaré la escena en Olimpia ó en cualquiera otra parte: ya veremos esto.

CARTA XXXI.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

El v de las kalendas me entregó Damea tu carta de la víspera, según la cual cuento contigo hoy ó mañana. Sospecho que yo mismo soy quien te retiene ahí, al mismo tiempo que deseo vengas aquí. Mucho temo que el negocio de Faberio, aunque en buen camino, no termine sin pérdidas. En fin, puesto que todavía no te tengo conmigo, ven tan pronto como puedas. Te agradecería me enviases los libros de Dicearco de que me hablas: dignate añadir su visita á la de Trofonio. En cuanto á la carta de César, es asunto decidido. Lo más curioso es que escribe, según dicen, que no marchará contra los Parthos hasta que haya puesto orden en los negocios. Esto es precisamente lo que le aconsejaba yo, dejándole libre, sin embargo, para que obrase de otro modo, si lo creía conveniente. Esto es sin duda lo que esperaba, y nada quiere hacer sin mi consejo. Mas olvidemos todo esto. Mejor es conservar todavía una semilibertad, y el medio de gozarla es callar y ocultarse.

Veó que preparas tu ataque contra Othón. ¡Préstame este servicio, querido Atico! No hay un solo paraje en que más libremente pueda evitar el foro, y permanecer, sin embargo, contigo. En cuanto al precio, he aquí lo que he re-

flexionado: C. Albano es vecino inmediato, y compró á M. Pilio mil yugadas por la cantidad de ciento quince mil sextercios, si no me engaña la memoria. Ahora bien; después ha descendido el valor de las fincas. Pero es necesario tener en cuenta la conveniencia y mi deseo; y además, exceptuando á Othón, no veo ningún competidor. Podrías hablarle, y te sería más fácil con Cano (1), el de insaciable gula. Me avergüenzo por su padre. Escríbeme, si algo tienes que decirme.

CARTA XXXII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Habiendo recibido hoy dos cartas tuyas, no quiero que tengas una sola mía. Continúa tu plan en cuanto á Faberio; de él depende la realización de mi proyecto, y sin este proyecto (créeme en esto y en todo) nada me importaría el negocio. Continúa, pues, con el mismo ahinco, porque mayor no es posible: porfía, hostiga, termina. Dígnate remitirme los dos tratados de Dicearco acerca *del Alma* y *del descenso al antro*. No encuentro su *Tripolítica* ni su carta á Aristoxenes, y necesito con mucha urgencia estos tres libros, que me son indispensables para el trabajo que medito. El *Torcuato* (2) está en Roma, y he dado orden para que te lo remitan. Creo que tienes ya el *Cátulo* y el *Lúculo*, á los que he añadido nuevos prefacios en forma de

(1) Este es Q. Gelio Cano, amigo de la infancia de Atico, que también lo era de Othón, y de quien habla Cornelio Nepote en la Vida de Atico.

(2) Título del primer libro *De Finibus*, en el que hace hablar á Torcuato.

elogios. Deseo que los tengas, así como también algunas adiciones.

No has comprendido bien lo que te dije acerca de los diez comisarios, y supongo que ha dependido de las abreviaturas que empleé. Te preguntaba si Tuditano había formado parte de la comisión, como he oído decir á Hortensio. Sin embargo, he visto en los anales de Libón que fué pretor bajo el consulado de P. Popilio y P. Rupilio. ¿Pudo ser legado catorce años antes de su pretura? Pudo serlo, si no se le nombró pretor hasta muy tarde; pero no lo creo, porque observo que estuvo exactamente en los cargos curiales el tiempo legal. En cuanto á Postumio, de quien recuerdas haber visto una estatua en el Isthmo, sabía que formó parte de los legados. Este es el que fué cónsul con Lúculo, y acertadamente lo designas para que figure en mi diálogo: la elección es excelente. Procura indicarme también los demás, á fin de que yo brille al menos por el resplandor de los personajes á quienes haga hablar.

CARTA XXX

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

¡Qué lamentable negligencia! ¿Puedes creer que Balbo y Faberio no me han repetido mil veces que estaba hecha la declaración? (1) Y no contentándome con esto, mandé emisarios sobre el terreno, como era necesario, según decían. Encargué de este cuidado á mi liberto Filótimo. Creo que

(1) La declaración de sus bienes, que los particulares debían hacer ante el censor en cada estadística, y que igualmente tenían obligación de hacer en el intervalo de las estadísticas si adquirían nuevos bienes ó alguna cantidad de dinero.

conoces al escribano; escríbele en seguida. Yo acabo de escribir á Faberio, según me aconsejas, y espero que hoy mismo acordarás algo en el Capitolio con Balbo (1). No tengo escrúpulos en cuanto á Virgilio (2), porque no le debo consideraciones de ninguna clase: si compro, ¿qué podrá decir? Pero habrá que cuidar no haga en Africa lo mismo que Celio. Ponte de acuerdo con Cispio en cuanto al page; pero si se presenta Planco, tendremos dificultades, no lo dudes. Ven, puesto que lo deseas como yo; pero que no sea esto motivo para abandonar el negocio. Dices que Othón se dejaría convencer (3): excelente noticia sin duda. Dices bien en cuanto á la estimación; es necesario que el asunto esté más avanzado: solamente me ha escrito para darme las medidas del terreno. Procura terminar con Pisón.

He recibido el libro de Dicearco, y espero su *Descenso al antro* de Trofonio. Es indispensable encontrar alguno. Encárgale que examine los registros del Senado, bajo los consulados de Cn. Cornelio (4) y de L. Mummio. Quizá tendrás razón en cuanto á Tuditano, porque se encontraba efectivamente en Corinto: Hortensio no lo dijo temerariamente;

(1) Quiere decir que, con el auxilio de Balbo, terminará Atico con el crédito de Faberio.

(2) Virgilio, que había servido contra César en la guerra de Africa, encontrábase oculto entonces en algún punto de esta provincia, y sus bienes habían sido confiscados, entre otros, la parte de los jardines de Scápula, de que era coheredero. No podía, sin embargo, ser esto grave obstáculo para los deseos de Cicerón, porque, vendidos los jardines de una ú otra manera, el dinero que se obtuviese de su parte pasaba al Fisco. Mas quizá esperaba todavía que las cosas se arreglarían de otro modo, y vacilaba en dar su consentimiento para aquella venta pública que con tanto ahinco pedía Cicerón y á la que creía poder obligarle.

Siendo Virgilio gobernador de Sicilia el año en que desterraron á Cicerón, no quiso permitirle que pasase á esta isla.

(3) Tal vez deseaba Othón alguna permuta.

(4) Cn. Cornelio Léntulo, cónsul con L. Mummio en 603.

entonces era cuestor ó tribuno militar, creo más bien esto último. Fácil te será esclarecer lo concerniente á Antíoco. Averigua también en qué año fué cuestor ó tribuno. Si las fechas no concuerdan, es que se encontraba entre los prefectos ó contubernales, siendo cierto que hizo aquella guerra.

Hemos hablado de Varrón (1), el lobo de la fábula: vino, y á tal hora, que era indispensable retenerle. Pero me comporté de manera que no rasgué su manto. Recordaba su frase: «Eran muchos y no estábamos prevenidos.» ¿Qué importa? un momento después llega Capitón con T. Carnias. En cuanto á éstos, apenas mostré deseo de que se quedasen, y sin embargo se quedaron, de lo que me alegré mucho después. Accidentalmente se habló del proyecto de ensanche de Roma. Quieren desviar el Tíber, á partir del puente Mulvio (2), y hacerle pasar al pie de los montes Vaticanos. Se edificará en el campo de Marte, y el campo Vaticano pasará á ser campo de Marte. ¿Cómo? dije: ¡y yo que pensaba comprar los jardines de Scápula!—No lo hagas, me contestó: el proyecto se aprobará: César lo quiere.—

(1) El sabio Varrón, amigo de Cicerón y de Atico.

(2) El puente Mulvio estaba fuera de Roma, cerca de la puerta Flumentana y del Campo de Marte. Desde este punto formaba el Tíber un recodo, acercándose á Roma, y alejándose en el otro extremo. Así, pues, abriendo un canal recto podía hacersele pasar al pie del monte Vaticano, que entonces no estaba dentro del recinto de la ciudad. De esta manera los jardines situados en el paraje llamado *Campus Vaticanus*, al lado allá del Tíber, se encontrarían en el lado de acá, derribándose las casas edificadas en este sitio para hacer una plaza como el Campo de Marte, que quedaba dentro del recinto. Era indispensable una gran plaza fuera del recinto, porque no podía reunirse el pueblo por centurias sino fuera de los muros de la ciudad, siendo originariamente militares estas asambleas, como puede verse en la Vida de Servio Tulio. Desde el tiempo de los reyes, solamente Sila había ensanchado el recinto de Roma, y César quería obrar como él, no ejecutando su proyecto, sin duda porque le sorprendió la muerte.

No siento que me hayan advertido, pero ¡qué contrariedad! ¿Qué me dices tú? te pregunto como si fuese posible dudar de la exactitud de Capitón, que en achaque de noticias no cede ni á Camilo. Tenme al corriente cuando lleguen los idus. Solamente por esto iba á Roma; lo demás era accesorio, y puedo aplazarlo sin dificultad para dos ó tres días después. No quiero que te molestes por venir á verme, y lo mismo digo con relación á Dionisio. En cuanto á Bruto, de quien me escribes, le he devuelto la libertad en lo que me concierne, porque le escribí ayer que no le necesitaba para los idus.

CARTA XXXIV.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Llegué á Astura el viii de las kalendas (1), habiendo descansado tres horas en Lanuvio á causa del calor. Si puedes conseguirlo sin molestia, te ruego procures que no me vea obligado á ir antes de las nonas. Dirígete á Egnacio Máximo y lo arreglará todo. Termina con preferencia, y mientras esté yo ausente, el negocio de Publio (2), y entérame de lo que se dice acerca de esto. «El asunto debe ocupar á la ciudad» (3). A fe mía, no creo nada, porque la historia es muy antigua. Pero, como ves, quiero llenar la

(1) 25 de julio.

(2) Hermano de Publia, segunda esposa de Cicerón, recientemente repudiada. Publio negociaba para conseguir que Cicerón la recibiese de nuevo, y hasta rehusaba aceptar la dote que Cicerón debía restituirle.

(3) Esta cita de Terencio indica que había algo que hablar en el repudio, como lo había habido en el matrimonio.

página. ¿Qué más diré? Nada, porque ya llego, á no ser que me digas no basta todavía. Te escribí acerca de los jardines.

CARTA XXXV.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

¿Qué indignidad! ¿El que lleva tu nombre quiere ensanchar la ciudad, á la que vino por primera vez apenas hace dos años? (1). ¿Tan pequeña le parece? ¿Le ha faltado espacio? Háblame detalladamente de esto. Me dices que solamente esperas la llegada de Varrón. En tal caso, en el momento en que escribo tiene Varrón mis libros y no puede desdecirse: ¡si supieses lo que arriegas! (2). Tal vez te habrán hecho reflexionar mis últimas observaciones; pero no habías recibido mi carta cuando me dirigiste la tuya. En fin, ¿en qué estado se encuentran las cosas? Estoy impaciente por saberlo. No me sorprende lo que me dices de la íntima amistad de Bruto y de vuestro paseo. Su lenguaje es igual siempre, pero cada vez me encanta más. Hoy que lo aplaudes tú, me regocija más y me entrego á él con mayor abandono, bajo tu garantía.

(1) Parece que un arquitecto, llamado Pomponio como Atico, se había ofrecido á César, si es que no recibió encargo de éste mismo, para ayudarle en su proyecto de ensanche de la ciudad.

(2) Atico había respondido de la acogida que dispensaría Varrón á los Académicos de Cicerón, y no podía temerse que esta acogida no fuese excelente.

CARTA XXXVI.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Esta es mi segunda carta de hoy. Nada más conveniente ni más discreto que lo que me propones en cuanto á la deuda de Xenón y los cuarenta mil sextercios de Epiro. En igual sentido me ha hablado Balbo el joven; diciéndome además que no ocurre otra novedad sino que Hircio ha tenido con Quinto un altercado muy vivo relativamente á mí, y que cuando concluyó conmigo, la emprendió con su padre: lo más acertado que ha dicho es, según parece, que su padre y yo somos muy epuestos á César; que no puede tener confianza en nosotros, y sobre todo que se debe desconfiar de mí. Esto sería sumamente peligroso si el señor no me considerase como hombre completamente decaído. Añade que trato muy mal á mi Cicerón. Pero, en último caso, que diga lo que quiera. Me alegro mucho de haber entregado el elogio de Porcia (1) al mensajero de Lepta antes de recibir tu carta. Si remites este elogio á Bruto y á Domicio, haz el favor de mandarlo con las correcciones. Tenme al corriente día por día del combate de los gladiadores y de todas las noticias, hasta de los rumores sin fundamento. Quisiera que vieses á Balbo y á Ofilio para lo relativo á los anuncios de la venta. He hablado con Balbo y está bien dispuesto: creo que Ofilio tiene el estado deta-

(1) La hermana de Catón, y no la hija de Bruto, con la que acababa de casarse Bruto. Sabido es que se acostumbraba en las familias romanas hacer y pronunciar en público el elogio de las mujeres que morían en edad avanzada. César, sin embargo, hizo el de su primera mujer, que murió muy joven.

llado de los bienes. Balbo quería que se señalase la venta para día próximo y que se verificase en Roma, á condición de aplazarla si César tardaba en venir (1); pero viene ya. Ten en cuenta todo esto: Vestorio está conforme.

CARTA XXXVII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

No había amanecido aún y estaba escribiendo contra los epicúreos, cuando con la misma lámpara, y trabajando lo mismo, escribí no sé qué cosa, que te remití siendo de noche aún. Me he dormido, y desperté al mismo tiempo que el sol, cuando me entregaron la carta que incluyo del hijo de tu hermana. Comienza con una impertinencia, tal vez sin intención. Dice así: «No apruebo todo lo malo que pueden decir de tí.» Luego puede decirse mucho malo de mí; pero no lo aprueba todo. ¿Puede haber mayor grosería? En cuanto á lo demás, ya leerás la carta y juzgarás por tí mismo. Por lo que todos dicen, Bruto no cesa de elogiarme, y esto es sin duda lo que habrá impresionado al joven, determinándole á escribirme una carta y á tí otra. Díme el contenido de la tuya. Ignoro lo que habrá escrito de mí á su padre; pero considera con cuánto respeto habla de su madre: «Hubiese querido tener una casa á fin de verte con frecuencia, y te escribí que alquilases una para mí. No lo has hecho, y por lo tanto nos veremos muy poco, puesto que sabes el motivo que me impide ir á la tuya.» El motivo, dice su padre, es que detesta á su madre. Ayúdame con tus buenos consejos, mi querido Ático: ¿debo entrar con resolución en el recto camino de la jus-

(1) César era también coheredero de estos bienes.

licia; es decir, tratar públicamente á ese desgraciado como merece y rechazarlo de entre los nuestros, ó es mejor tomar de soslayo? Mi ánimo flota incierto, como dice Píndaro. El primer medio se conforma más con mi carácter; el segundo con los tiempos en que nos encontramos. Tu opinión será la mía. Temo mucho encontrarme inopinadamente en Túsculo. Estando acompañado saldría mejor del paso. ¿Deberé marchar á Astura? Pero ¿y si viene César? Te ruego me ayudes con tu consejo: haré lo que decidas.

CARTA XXXVIII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

¡Incredible impudencia! ¡Escribir á su padre que no irá á su casa por causa de su madre! (1) ¡Y esto en medio de respetuosas protestas! ¡Y el padre que se enternece y reconoce á su hijo el derecho de quererla mal! Pero seguiré tu consejo, viendo que te place que me contenga. Iré á Roma, puesto que así lo quieres, pero muy á pesar mío, porque tendré que prescindir de mi trabajo. Dices que allí se encontrará Bruto: muy bien; pero esto no sería razón para mí si no tuviese otra. Preferiría verle regresar de otra parte (2); no se ha detenido mucho tiempo ni me ha escrito una palabra. Sin embargo, deseo saber cómo le ha resultado este viaje. Quisiera me remitieses los libros de que te hablé anteriormente, en particular los comentarios sobre el Fedro y el libro sobre la Grecia.

(1) La aversión á su madre procedía de que ésta quería casarle contra su voluntad.

(2) Es decir, que hubiese preferido verle regresar de cualquier parte, más bien que de acompañar á César, vencedor de los últimos Pompeyos en España, y que regresaba á Roma para establecer su omnipotencia sobre las ruinas de la libertad.

CARTA XXXIX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

¡Luego, según anuncia Bruto, el gran hombre volverá hacia los buenos! Pero ¿dónde están los buenos? ¿Como no se ahorque! (1) Entretanto, que su poder quede bien cimentado aquí abajo. ¿Dónde están aquellos grandes corazones que parece respiran aún en las figuras de tu Parthenón? ¿Dónde están Ahala y Bruto? Pero ¿qué podrá hacer? Consideras cosa excelente que quien fué causa de todo el mal, no es bueno para nuestro sobrino (2). Mas yo temo, por mi parte, que Bruto le esté en el fondo tiernamente unido, porque sus contestaciones á mis cartas revelan esta disposición. Hubiese querido que escuchase algunas fábulas de las que mi sobrino cuenta de mí. Pero tienes razón en decir que estas cosas son para habladas. ¿Qué me aconsejas? ¿Debo correr á Roma? ¿Debo esperar aquí? Por una parte, me sujeta el trabajo; por otra, no quiero recibir á Quinto. Asegúranme que hoy ha marchado su padre hacia él hasta *Saxa Acronoma*, mostrándose tan irritado, que he tenido que hacerle algunas observaciones: pero yo mismo me siento algunas veces muy próximo á escapar: veremos. ¿Qué opinas de mi llegada? Si todo puede quedar aclarado mañana, te ruego me enteres desde muy temprano.

(1) Los buenos habían muerto, y sólo muriendo podía César encontrarlos.

(2) Hircio, que presentó el joven Quinto á César.

CARTA XL.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

He enviado á Quinto una carta para tu hermana (1). Quejábase de la guerra que sostienen su esposa y su hijo, por consecuencia de la cual habló de abandonar á ésta su casa; pero le he dicho que nuestro sobrino había escrito con mucha afabilidad á su madre. Quedó admirado, y yo añadí que no te había escrito ni una palabra. Pero esta ofensa se la atribuye Quinto á sí mismo, porque, según dice, siempre ha hablado sumamente irritado contra tí con su hijo. Al fin comienza á calmarse, y le he notificado que, por mi parte, no quería ser severo por más tiempo. Hemos hablado de Cana (2), y si se quiere adoptar este partido es absolutamente necesario olvidarlo todo. Mas convengo en que debe reflexionarse maduramente acerca de esto. En todo caso, los dos debemos obrar de la misma manera, á pesar de que las ofensas sean mucho más graves y más públicas en cuanto á mí. Si interviene Bruto (3), desaparece la dificultad; pero de todo esto no puede hablarse más que de viva voz, por ser asunto de grandísimo interés y sumamente delicado. Hasta mañana, pues, si no dispones otra cosa.

(1) Es decir, una carta de Atico para su hermana Pomponia, esposa de Quinto Cicerón; ó tal vez la misma carta que escribía Quinto (hijo) á su madre, hermana de Atico.

(2) Cana, hija de Q. Gelio Cano, amigo de Atico. Tal vez era ésta la esposa elegida para el joven Quinto, pero indudablemente él prefería otra, y de aquí el disgusto con su madre.

(3) A causa de la amistad que profesaba al joven, la influencia de Bruto podía resolver las dificultades.

CARTA XLI.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Ha venido y está muy triste (1). «¿Por qué ese aspecto tan sombrío? le pregunté. —¿Lo preguntas, contestó, cuando me es indispensable partir, y partir para una guerra en la que se correrán muchos peligros y será además deshonorosa? (2)—Pero creo que así lo deseas.—No; mis deudas me obligan á ello, y ni siquiera tengo dinero para ponerme en camino.» Aquí tomé algo de tu elocuencia: callé. «Lo que más me entristece, añadió, es mi tío.—¿Por qué? le pregunté.—Me odia.—¿Por qué le has dejado en esta disposición de ánimo?» No quería decir: ¿por qué le has puesto en ese estado? «No le dejaré; haré cesar la causa del disgusto.—Muy bien harás; pero si no te cuesta mucho trabajo, quisiera que me enteraras del motivo.—No quería casarme. Mi madre se disgustó, y, por consecuencia, mi tío también. Actualmente no me importa tanto, y haré lo que quieran.—Te alegrarás de ello, y por mi parte te felicito. ¿Cuándo se realizará el matrimonio?—Me es indiferente la época; he dado el consentimiento.—Creo que se efectuará antes de tu marcha, y de esa manera contentarás también

(1) Su sobrino Quinto.

(2) La palabra «deshonrosa» parece indicar que se trataba de la guerra de España, porque no era honroso que los amigos de Pompeyo, como los Cicerones, combatesen á sus hijos. El joven Quinto asistió, sin embargo, á esta guerra, y escribió á sus dos tíos los peligros que había corrido, por lo que puede suponerse, según creen algunos, que se trataba de las guerras de los Parthos, cuyos peligros temía Quinto, y también la vergüenza de asistir á ella acribillado de deudas y con pobre equipo.

á tu padre.—Puesto que así lo crees, seguiré tu consejo.» Aquí terminó la conversación. Y á propósito: recuerda que el iii de las nonas de enero (1) es el aniversario de mi nacimiento. Supongo que vendrás. Ya iba á cerrar esta carta y he aquí á Lépido, que me invita á marchar. Temo que no haya bastantes augures (2) para la consagración de este templo. Vamos, *μικς κορδον*. Te veré en seguida.

CARTA XLII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Indudablemente aprovecharé este día de dilación. Has hecho bien en avisarme, proporcionándome el placer de recibir una carta tuya en el momento en que no podía esperarla, siendo como si hubieses escrito después de los juegos. Tenía sin duda algunos negocios en Roma, pero lo mismo los despacharé dos días después.

CARTA XLIII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Tu carta es muy agradable: pero ¡qué cruel espectáculo! Verdad que no es acerbo todo lo que me dices (3), por

(1) 3 de enero.

(2) Necesitábanse por lo menos tres augures para consagrar un templo. Llamábanse *effata* las fórmulas augurales de la consagración, y *ager effatus* el paraje extramuros donde se observaba el vuelo de los pájaros. El templo de que se trata es el de Marte ó el de Venus, elevados los dos por César.

(3) Alusión á los juegos del Circo que se celebraron con ocasión de la inauguración de la estatua de César, colocada por orden del Senado en el templo de Quirino.

ejemplo lo que refieres de Cotta (1). ¡Oh pueblo preclaro, que ni siquiera aplaude á la Victoria en tal vecindad! (2) Bruto ha llegado, y quería empeñadamente algunas palabras más para César: no me he negado á ello; pero que vaya primero á ver qué pasa en las fiestas que le dan.

¿Te has atrevido á dar el libro á Varrón? Estoy impaciente por saber qué opina. ¿Cuándo lo leerá? Apruebo lo relativo á Atica (3). Lo que ocupa los ojos es siempre poderosa diversión para el espíritu, sobre todo cuando se trata de creencias y solemnidades religiosas. Deseo que no mandes á Cotta (4). Tengo conmigo á Libón, y antes he tenido á Casca. Bruto me dice de parte de T. Ligario que me he equivocado al nombrar á L. Curfidio en mi oración. Defecto de memoria ha sido: conocía la intimidad de Curfidio con los Ligarios, y la recuerdo ahora que ha muerto. Te ruego que recomiendes á Farnaces, Anteo y á Salvio que borren ese nombre de todas las copias.

(1) Puede creerse que alude al proyecto de Cotta, uno de los quinceviro destinados á la custodia de los libros sibilinos, quien so pretexto de que estaba escrito en estos libros que solamente un rey podía vencer á los Parthos, quería proponer al Senado se diese este título á César. Otros no admiten esta interpretación, ni creen que Cotta tuviese jamás semejante proyecto, porque su vida no indica que llevase jamás hasta tal punto su celo por César.

(2) La estatua de la Victoria la llevaban en la procesión que precedía á los juegos del Circo; pero el pueblo no aplaudió temiendo que César creyese para él los aplausos.

(3) Aprueba que Atico hubiese llevado á los juegos á su hija por el carácter religioso que estas fiestas tenían.

(4) El libro que escribió Cotta, siendo legado de César en la Galia, en la lengua del país.

CARTA XLIV.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Después de tu marcha vino á verme Lamia, trayéndome una carta de César, en la que, á pesar de ser anterior á la de Diocares, anuncia terminantemente su llegada para antes de los juegos romanos, y concluye recomendando que esté dispuesto todo, no obligándole á inútil apresuramiento. Después de estas dos cartas, no es posible dudar que se proponga llegar en el día fijado; y Balbo, que ha leído la última, lo cree así, según dice Lamia. He aquí algunos días de libertad; pero ¿cuántos? Si me aprecias, procurarás que lo sepa. Podrá decírtelo Bebio, y también tu otro vecino Egnacio. Me invitas á que dedique este tiempo á mis libros de filosofía; y te aseguro que eso es como hostigar á un caballo lanzado á la carrera: pero ya sabes que todos estos días tendré en casa á Dolabela. Si no me retuviese el negocio de Torcuato, dispondría precisamente de los días necesarios para ir á Puzzola y regresar á tiempo. Lamia ha oído decir, cree que á Balbo, que han encontrado en la casa mucho numerario, que es indispensable repartir apresuradamente; que además, hay mucha riqueza en objetos de plata, sin contar las fincas, y que debe procederse á la venta sin pérdida de momento. Quisiera saber tu opinión: si tengo absolutamente que elegir entre todos un mandatario, no veo ninguno más hábil, activo y adicto que Vestorio, á quien he dirigido expresas recomendaciones. Sin duda habrás hecho tú otro tanto, y creo que esto debe bastar. ¿No te parece así? Lo único que temo es que parezca descuido demasiado mis asuntos. Espero carta tuya.

CARTA XLV.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Póllex había prometido venir para los idus de agosto (1), y desde la víspera se encontraba en mi casa, en Lanuvio. Pero te aseguro que con razón se llama *Pollex* y no *Judex*, como verás por tí mismo. He tenido una entrevista con Balbo, habiendo mostrado empeño Lepta, que está muy interesado en esta negociación (2), en llevarme á su casa, que es la misma de Lanuvio que Balbo ha cedido á Lépido. Sus primeras palabras fueron: «Aquí tienes una carta de César, que he recibido hace pocos momentos; sus palabras son precisas: *antes de los juegos romanos.*» He leído la carta: César habla mucho en ella de mi *Catón*, y pretende que, á fuerza de leerle, su palabra gana en fluidez; y dice que después de leer el *Catón* de Bruto, se ha creído elocuente. ¡Pero considera la negligencia de Vestorio! por Balbo he sabido la cláusula de aceptación de Cluvio (3). La aceptación es potestativa delante de testigos y el plazo de sesenta días. Temía yo la precipitación de Vestorio y hoy es necesario que le envíe mensajeros para que obre en mi nombre. Póllex me servirá para esto. He tratado con

(1) 13 de agosto.

(2) Lepta trabajaba mucho para que le diesen la intendencia de los juegos romanos, fiestas que debían celebrarse en algunos barrios de la ciudad con ocasión del triunfo de César.

(3) Cláusula *Cretio* por la que el testador marcaba el plazo para la aceptación de la herencia y la manera de aceptarla. Algunos testamentos no llevaban esta cláusula. Cicerón temió que Vestorio, naturalmente activo y diligente, aceptase la herencia sin examinar si era onerosa, y ahora se quejaba de tener que enviarle á alguno para que le moviese á aceptar.

Balbo (1) el negocio de los bienes de Cluvio; ha estado muy amable y va á escribir inmediatamente á César. Cluvio ha impuesto á Tito Hordeonio un legado particular de cincuenta mil sextercios en favor de Terencia, el gasto de una tumba para él mismo y otras muchas cargas; á nosotros no nos ha impuesto ninguna. Te ruego que reprendas á Vestorio, porque su conducta no tiene excusa. Hace mucho tiempo que el perfumista Plocio (2) envió mensajeros á Balbo para ponerle al corriente de todo, y á mí no me han enterado de nada todavía, ni siquiera por mis correos. Me entristece la muerte de Cottinio, de quien era muy amigo. Si después de pagar mis deudas y mis adquisiciones me queda algo, lo destino á Quinto: pero temo tener que pedir prestado todavía. No he oído hablar de la casa de Arpino. No reconvengas á Vestorio. Cuando tenía ya cerrada la carta, siendo ya de noche, llega mi secretario con cartas minuciosamente detalladas y una copia del testamento.

CARTA XLVI.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Cuando me dijiste: *Agamenón, no vengas* (cosa que iba á hacer, de no estar aquí Torcuato), *pero escribe*, cambié de plan, lo abandoné todo y me dediqué á lo que mandabas. Te ruego pidas á Póllex cuenta del estado de mis gastos. Cualquiera que sea su conducta (3), no quiero que tenga

(1) La continua intervención de Balbo en este asunto demuestra que César estaba interesado en él con el mismo título que Cicerón y Hordeonio, es decir, como coheredero.

(2) ¿Tendría acaso algún legado en la herencia de Cluvio?

(3) La de su hijo.

apuros en el primer año: en lo sucesivo procuraremos mantenerle en los justos límites. Póllex va á partir para que Vestorio vea y obre. Erame de todo punto imposible ir yo mismo á Puzzola, tanto por las razones que sabes, como porque llega César. Dolabela me escribe que estará en casa al día siguiente de los idus (1). ¡Oh importuno señor! Ayer tarde me escribió Lépidó desde Anzio, donde se encuentra. Ahora posee la casa que he vendido. Me ruega encarecidamente que asista al Senado para las kalendas (2), agradeciéndomelo César y sobre todo él. Creo que no ocurrirá nada; porque de no ser así, algo te habría dicho Oppio á falta de Balbo, que se encuentra enfermo. Sin embargo, prefiero perder mis pasos á no presentarme cuando sea necesario, porque después me arrepentiría mucho. Voy, pues, hoy á Anzio, y mañana, antes de mediodía, estaré en Roma. Si no tienes compromiso, hazme el favor de venir con Pilia á cenar conmigo la víspera de las kalendas (3). Supongo que habrás terminado con Publio. El mismo día de las kalendas regresaré á Túsculo, porque prefiero que se haga todo en ausencia mía. Te remito la carta de mi hermano [Quinto. Podía sin duda contestarme con más amabilidad, pero su carta me ha parecido bien en lo que se te refiere. Tú veras.

CARTA XLVII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

No estoy seguro acerca de si te oí ayer en medio del ruido que vendrías á Túsculo. ¡Ojalá! ¡ojalá otra vez! Sin

(1) 14 de setiembre.

(2) 1.º de setiembre.

(3) 31 de agosto.

embargo, que no te sirva de molestia. Lepta me insta para que vaya á Roma, donde puede necesitarme, porque ha muerto Babulio. Creo que César hereda una duodécima parte, á pesar de que nada se sabe aún. Lepta recibe el tercio, y teme que le dispute la herencia; cosa absurda, pero que en último caso la teme. Si insiste, marcharé, y si no, esperaré á que sea necesaria mi presencia. Devuélveme á Póllex en cuanto te sea posible. Te he remitido el elogio de Porcia, corregido; no he perdido momento á fin de que, si lo envía á su hijo Domicio ó á Bruto, tenga este último texto. Encárgate tú, si puedes, de este cuidado, en lo que me harás verdadero favor. También deseo que me remitas los elogios de Varrón y de Lolio, especialmente el de Lolio, porque, á pesar de que lo he leído, deseo saborearle. Creo que apenas he hojeado algunos pasajes.

CARTA XLVIII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Ante todo, felicito á Atica, á la que supongo actualmente en el campo: también saludo cariñosamente á Píllia. Dime si ocurre algo nuevo con relación á Tigelio, quien, según me escribe Galo Fabio, me acusa con sobrada injusticia de haber faltado á la palabra empeñada á Famea, después de aceptar su defensa. Había aceptado efectivamente, á pesar de mi repugnancia á hablar contra los hijos de Cn. Octavio; pero quería hacer algo en favor de Famea, quien, si lo recuerdas, me ofreció por tu conducto sus servicios cuando mi candidatura al consulado; debiendo yo agradecerse los como si me hubiesen sido útiles. Famea vino á verme y me dijo que el juez había señalado el turno de su negocio, coincidiendo con el de Sextio, al que

era aplicable la ley de Pompeyo. Como sabes, según esta ley, el día señalado es irrevocable. Díjele que no ignoraba cuánto debía yo á Sextio, y de nuevo me puse á su disposición para cualquier otro día que señalaren. Separóse de mí disgustado, como creo haberte referido. No volví á pensar en esto, y me cuidé muy poco del injusto despecho de un hombre que me es extraño. Encontrándome últimamente en Roma, participé á Galo lo que acababa de saber, pero sin nombrar al joven Balbo. Galo me escribe que hizo su negocio; y, según lo que me dice, Figelio está persuadido de que desconfío de él por remordimiento de conciencia, teniendo que censurarme el abandono de Famea. Te entero de esto para que veas si afecta á intereses de tercero, sin que te cuides para nada de lo que me atañe personalmente. Bueno es algunas veces odiar con libertad, así como es bueno no servir á todos. Pero, como sabes, á mí es á femía á quien sirven por este lado, si servir es tener consideraciones.

CARTA XLIX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

En muchas cartas me has aconsejado que aproveche una ocasión para escribir á César en forma más afable que de costumbre. He aquí lo que el otro día supe por Balbo en Lanuvio. Oppio y él han escrito á César que había leído yo su *Anti-Catón* y que me agradaba mucho: en vista de esto, le he escrito á propósito de esta obra una carta muy extensa, que más adelante le entregará Dolabela. Primeramente remití una copia á Oppio y á Balbo, rogándoles no dejasen marchar el original si no aprobaban la copia. Contestáronme que jamás habían leído cosa mejor, y remitieron la carta á Dolabela.

Vestorio me escribe autorice á su esclavo para el cambio de mi parte de herencia por una finca perteneciente á un tal Heterio, pudiendo entonces él mismo regularizar la marcha á Puzzola. Si te parece bien esto, envíame al esclavo. Supongo que Vestorio te habrá escrito al mismo tiempo. Oppio y Balbo están de acuerdo contigo en cuanto á la venida de César. Me extraña tu silencio acerca de Figelio, no diciéndome siquiera cómo ha tomado el asunto, cosa que deseo vivamente saber, aunque no me consume la impaciencia. Me preguntas hasta dónde pienso salir al encuentro de César. ¿Te parece que hasta Alsiun? He rogado á Murena que me hospede, pero creo que ha marchado con Macio, por lo que tendré que molestar á Salustio.

Apenas escrita esta línea, me trae Eros cordialísima contestación de Murena, á cuya casa iré, por consiguiente. Silio no está instalado, y en cuanto á Dida, creo que tiene ocupada toda la casa.

CARTA L.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Se me olvidó remitirte copia de mi carta á César; pero no supongas, como pareces indicar, que haya temido dejarte ver alguna adulación ridícula: no le escribo, á fe mía, sino de igual á igual. Mucho aprecio su obra y no te lo he ocultado; he escrito, pues, lo que pienso, sin adulación; y sin embargo, creo que de manera que ha de agradarle en extremo. Ahora está ya terminada la prueba.

Atica sigue bien, y renuevo mi felicitación. Te ruego me digas cuanto antes todo lo que sepas acerca de Figelio; estoy impaciente por saberlo. A propósito. Quinto viene mañana, pero ignoro si á tu casa ó á la mía. Me ha escrito

que estaría en Roma para el viii de las kalendas. Le he mandado un mensajero para invitarle; sin embargo, tengo que marchar á Roma por temor de que llegue antes que yo.

CARTA LI.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

¡Oh, qué huésped tan molesto! aunque á la verdad estoy muy lejos de quejarme, porque ha sido muy amable conmigo. Cuando en el segundo día de las Saturnales (1) llegó á casa de Filipo, estaba de tal manera llena de soldados, que apenas se encontraba libre el *triclinium* en que había de cenar César. Acompañábanle dos mil hombres, y esto me hizo temblar por el día de mañana; pero Barba Cassio atendió á ello y me destinó guardias. Sus soldados acampaban en mi jardín, y la casa nada tenía que temer. El tercer día de las Saturnales permaneció en casa de Filipo hasta la hora séptima y no recibió á nadie: supongo que ordenaba cuentas con Balbo. Dió un paseo por la playa, y á la hora octava se bañó; leyéronle versos contra Mamurra (2), mostrándose impasible; ungiéronle, y se puso á la mesa. Como había tomado un vomitivo, comió y bebió con tanto apetito como alegría. El servicio fué magnífico y suntuoso, y además la conversación de buen gusto y elegante. En fin, si he de decírtelo todo, su humor fué por extremo placentero. Estaban preparadas tres mesas, abundantemente servidas, en tres salas para los íntimos de la comitiva; no faltando nada para el grupo de libertos esclavos, siendo

(1) Celebrábanse el 19 y el 20 de diciembre.

(2) Versos de Cátulo contra Mamurra, pero más aún contra César que contra este prefecto, hechura suya.

tratados con más atención los libertos principales. ¿Qué añadiré? Hemos visto un hombre que sabe vivir. El huésped á quien recibía no es de aquellos á quienes se dice: «Hasta la vista, querido amigo, y no me olvides á tu regreso.» Basta con una vez. Por otra parte, no se ha hablado ni una palabra de asuntos serios: la conversación ha sido completamente literaria. ¿Qué más? Se ha mostrado muy satisfecho y ha estado todo lo amable que puede imaginarse. Ha dicho que pasaría un día en Puzzola y otro en Baias.

Tal ha sido este día de hospitalidad, ó de posada, si así lo prefieres, día que tanto me espantaba, como sabes, y que nada ha tenido de desagradable. Permaneceré aquí por pocos momentos y regresaré á Túsculo. Cuando pasó por delante de la casa de Dolabela, todas las tropas marcharon en columna á derecha é izquierda de su caballo, evolución que solamente se hizo allí. Esto lo sé por Nicias.
